

# NECESITAMOS A ALGUIEN QUE NOS LIBERE DEL MAL

Frente a la foto del pequeño Aylan tumbado en la playa, el mundo se detuvo pasmado por un momento, para luego dejar que la mirada deslizara pronto hacia otro sitio, de diferentes formas: de la distracción a la reducción de aquel instante de verdad al solo sentimiento de conmoción o a un pretexto para consideraciones y propósitos de talante político.

¿Por qué es tan difícil fijar la mirada, aún solo por un minuto, hacia aquella foto? Porque es un golpe que vuelve a despertar aquel grito original que está dentro de nosotros, que es nuestro mismo yo: un yo incómodo, del cual estamos acostumbrados a huir, normalmente lanzándonos en un activismo sin tregua —que no deje espacio a las preguntas más verdaderas y dramáticas que el impacto con la realidad abre de par en par en nosotros— o distrayéndonos de las miles de maneras que cada uno de nosotros conoce muy bien. Continuamente el mundo persigue con afán algo «capaz de asegurar cuanto le parece útil para silenciar la pregunta sobre lo que es definitivo» (papa Francisco), pregunta que nos perturba porque, en el fondo, encuentros como éste con la imagen de Aylan ponen al descubierto la dura realidad de nuestra impotencia: no podemos realizar lo que de verdad deseamos. Quisiéramos salvar a Aylan, hacer algo por él, y no se puede. Aylan ha muerto.

Más aún, si nos fijamos bien, ¿qué es lo que en realidad nos perturba más? Que en esta imagen vemos el fruto de un rechazo que está en cada uno de nosotros: Aylan, tumbado en la playa sin vida, ya sin capacidad de "molestar" a nadie, no es sólo el resultado del rechazo de los militantes de Isis que lo han echado de Kobane o de los políticos que no lo han acogido; este Aylan es el resultado de un mal que tenemos dentro de nosotros y con el cual cien veces al día nos autocondenamos a la soledad, a la infelicidad, a través del rechazo del otro.

Entonces, frente a este egoísmo sin remedio: ¿nuestro destino es la desesperación? ¿O existe una salida? Necesitamos a alguien que nos libere del mal. Necesitamos a alguien que reconstruya nuestra vida, que vuelva a crear hasta nuestro pasado y que nos prometa que aquel cuerpo sin vida no es la última palabra. Necesitamos un lugar en el que la oscuridad se vuelva misteriosamente luz y en el que la muerte se vuelva misteriosamente vida.

Esto no es una utopía. Ha acontecido históricamente y sigue en la historia. La muerte y la vida, la autodestrucción del hombre y la misericordia de Dios que re-crea, se pueden experimentar hoy. Existe, de hecho, un lugar especial —hecho de personas concretas, frágiles y luminosas a la vez— en donde esto acontece, dejándose contemplar y recibir constantemente, como un sello, como roca indestructible de esperanza: se llama Iglesia y vive de la Eucaristía. El silencio delante de Ésta es la única puerta que nos permite detenernos frente a aquel cuerpecito y reconocer en él la Víctima que ha muerto por nosotros y que, en este momento, está abrazando a Aylan y, con él, nos está preparando un lugar.

Ésta es «la luz que Jesús resucitado ha introducido para siempre en la historia [...] La Iglesia, en la noche de Pascua, posee la luz para mirar todo, toda la oscuridad, todo lo que nosotros los hombres nos negamos a mirar porque no tenemos una respuesta, empezando por nuestro propio mal» (padre Julián Carrón). Y justamente porque puede mirarlo todo, la Iglesia puede acoger a todos, sin miedo, como ha hecho desde el principio de su historia y como lo sigue haciendo hoy, iluminada por el testimonio del papa Francisco.